

NOTAS SOBRE LA FORMACION DEMOCRATICA DEL COMUNICADOR

Luis Javier Mier V*

Nota primera: confesión de parte

Dado que estoy cierto que otros, más capacitados que yo en esas lides, analizarán en esta mesa el concepto de democracia, quisiera centrarme en unas cuantas ideas que de una u otra forma se relacionan con la formación democrática del comunicador.

El tema puede abordarse, al menos, desde dos ángulos: el que se refiere a la educación de los estudiantes y el que atañe a la práctica profesional.

Ambos parecen ser inseparables, por lo que conviene tener el cuidado de no caer en la tentación de suponer que, si formamos democráticamente a los comunicadores, estos ejercerán democráticamente la profesión.

El mundo no es tan simple, por lo que conviene refrenar el impulso de caer en el facilismo que a una causa supone un efecto.

No hay tal. Los estudiantes, los profesores, las instituciones universitarias y las prácticas profesionales se dan en un contexto sociocultural, no en el vacío; por lo mismo, acudir a fórmulas mágicas, producto más de la moda que de la reflexión, nos puede conducir, de nueva cuenta, al mundo de las apariencias.

Y es que el voluntarismo suele ser muy noble, pero es estéril.

Ignoro la respuesta al problema que subyace en nuestro tema de análisis. No sé cómo formar democráticamente comunicadores que democráticamente ejerzan la comunicación para que contribuyan así a democratizar a la sociedad. Pero tengo, sí, algunas ideas que someto a discusión sobre la relación entre la formación democrática del comunicador y una práctica profesional que más o menos responda a ella.

* Universidad Iberoamericana, México.

Nota segunda: Preguntas de obvia formulación

A la manera cartesiana procedo a formular dos de las muchas cuestiones que me parece forman parte del problema: qué entendemos por una educación universitaria democrática y qué entendemos por una práctica democrática del comunicador profesional.

No creo que haya respuestas únicas, pero si pienso que mediante la discusión podríamos con el tiempo encontrar algunas más o menos satisfactorias. Se trata, me parece, de un trabajo arduo, que requerirá tiempo, honestidad, humildad y autocrítica académica.

No hay atajos. Los caminos cortos son callejones sin salida que conducen a la demagogia.

Y es que las preguntas de obvia formulación que mencioné anteriormente se prestan a respuestas fáciles que, bajo su apariencia de bondad, esconden al lobo del autoritarismo en el que mucho me temo hemos sido formados.

Nota tercera: una mirada bajo la piel del cordero

No creo que tenga mayor interés denunciar las prácticas educativas evidentemente autoritarias. Creo que todos, mal que bien las conocemos porque las hemos sufrido.

Hay otras, sin embargo, que ocultan su autoritarismo bajo las formas de la democracia.

Son las más peligrosas, en tanto que se nos aparecen como centradas en el sujeto, en el estudiante; son las más peligrosas en tanto no se cobijan bajo fines de transformación social inobjectables; son las más peligrosas en tanto que hacen creer a los alumnos que son copartícipes de su propia educación.

Las agrupo, para ser breve, en tres clases: las complacientes, las mesiánicas y las egocéntricas.

Las prácticas educativas complacientes parten, efectivamente, del sujeto, de ahí que engañen. Generalmente se nos aparecen como liberales, buena onda, alivianadas. Me refiero a todas aquellas que han abolido el rigor y la disciplina en aras de una supuesta participación estudiantil que encuentra como base la ignorancia.

Bajo la consigna de ponerles 10 a todos, para que no se frustren, bajo la regla de oro de hacer que ellos mismos se den la clase para que participen, bajo el supuesto falaz que confunde el bla, bla, bla con

el pensamiento, se oculta el fraude y la ignorancia. Más aún, se impone.

"Eso no te lo puedo enseñar porque no soy capaz de hacerlo o porque no lo sé, luego te convengo por la autoridad que me ha sido conferida de que no es importante que lo sepas". "No te exijo porque exigir es un riesgo que por motivos económicos o políticos no me conviene correr".

Y cuando digo esto no me refiero únicamente a los profesores, sino también a las instituciones que hacen de la formación de profesionales de la comunicación una charada.

Se trata de prácticas educativas autoritarias porque consideran al estudiante un consumidor, al que hay que complacer, al que hay que dar gusto, al que hay que hacer creer que él es quien manda, que él es el origen de todos nuestros desvelos, de modo que acepte el yugo con gusto. Quien se oponga, quien realmente cuestione y exija, deberá ser reducido a la inmovilidad por rebelde o reaccionario, calificativo que merecerá según se inserte en una institución conservadora o "progre".

En el fondo, de lo que se trata, es de imponerles su propio gusto, de reducirlos a objetos, de hacerlos cómplices de un juego corrupto en el que todos los participantes hacen como que enseñan, o como que aprenden. Al final, el título justificará a unos y otros.

"Me gusta lo que tengo -le dice a Alicia el Consejo Blanco- no es lo mismo que tengo lo que me gusta".

Las prácticas educativas mesiánicas son también autoritarias en tanto que tampoco respetan al estudiante como un otro, como un ser opaco que no tiene por qué ser moldeado como si se tratase de la pasta de un pastel.

En esta clase incluyo las prácticas que consideran al estudiante una materia prima que debe ser procesada industrialmente para que responda "al perfil del egresado", al producto esperado. No importa que tan nobles sean las intenciones, de entrada y sin considerar las necesidades del sujeto, del alumno, se le impone lo que debe ser y, por consiguiente, lo que debe hacer.

Así las cosas, el aprendizaje disfrazado también de activismo educativo se limita a la adquisición de un lenguaje y a la repetición del dogma en uso.

Les llamo prácticas mesiánicas porque no son prácticas educativas basadas en el respeto del otro como sujeto, sino que consideran al estudiante como un medio, una extensión de un proyecto político que tiene como fin redimir la realidad. Al otro no le corresponde más que ser soldado y los soldados, ya sabemos, deben acatar para que luchen las batallas que a nosotros nos corresponde dirigir desde el campus. La Universidad como una academia militar en la que a los cadetes se les permite disentir en las cuestiones de detalle, ser irreverentes con los superiores y traer el pelo largo, pero en la cual hay que seguir el dogma si se quiere obtener el grado.

Las prácticas educativas egocéntricas son las que consideran que la universidad es el centro del universo y que por lo mismo la realidad toda debe girar en torno a ella y sus sacerdotes maestros. Como las anteriores parten del sujeto y tampoco lo respetan en tanto que se les asigna el papel de discípulos, es decir, de fieles seguidores de las enseñanzas del maestro. En estas prácticas los alumnos son y están para gloria y gracia de la institución y sus ministros, por consiguiente deben cuestionar, criticar, investigar y aprender todo aquello que se les indique, sin preguntarse nunca si esto tiene sentido para ellos, en lo humano y en lo profesional.

Reclamarle a un profesor de televisión por qué no sabe nada de la práctica televisiva es una herejía insoportable. Reclamar por qué no se les encuentra el sentido a leer "La crítica de la razón pura" en una clase de periodismo conduce a la excomunión, exigir que en el laboratorio de radio se hagan prácticas en lugar de leer una investigación sobre los efectos de las ondas sonoras en el medio ambiente, puede conducir a la pérdida de indulgencias. Y es que no hay más realidad que la que se define desde el campus, por lo que "yo enseño de lo que sé o investigo y los demás se friegan".

Nota cuarta: primera conclusión

De lo anteriormente expuesto se desprende una conclusión, sencilla de exponer pero muy difícil de llevar adelante. La educación democrática tiene que partir del educado considerado como verdadero sujeto, es decir, como un otro autónomo con el que se interactúa sobre la base del respeto intelectual.

Y respetar al otro intelectualmente no significa complacerlo, darle gusto o conducirlo por donde consideramos que es bueno, sino establecer una relación dialógica con él.

Enriquecerlo, no moldearlo.

Se trata, pues, de una relación que parte de las necesidades del educado -no de sus deseos-, de las necesidades sociales en las que la profesión comunicativa puede y debe mediar -no de voluntarismos- y del conjunto de conocimientos y habilidades que exige la profesión -no nuestros intereses. Se trata, finalmente, de una relación que es producto de las tensiones entre estas necesidades.

Nota cinco: segunda conclusión

Paradójicamente el proceso educativo democrático, al menos hasta donde yo puedo entrever, se parece en mucho a lo que también entreveo como una práctica comunicativa profesional y democrática.

El comunicador profesional puede o no repetir, en su quehacer, las mismas prácticas autoritarias que mencioné anteriormente puede asumirse como un cínico complaciente que saca raja de dar gusto; un redentor que basa su trabajo en la intolerancia y el desprecio hacia los otros, hacia los que están por debajo de él en tanto que no se le parecen; o también, no ver en los otros más que orejas y ojos que nacieron para verlo y escucharlo.

Puede también asumirse, humildemente, como un traductor social, como alguien que no está fuera de la sociedad sino dentro de ella, como alguien capaz de utilizar su técnica, conocimientos y habilidades intelectuales para -transparentándose- facilitar la comunicación.